

Xánath Caraza

Murmullos

Qué delicia es dormirse entre los brazos abiertos de un buen libro. Las palabras flotando alrededor del cuerpo. Cubriéndolo como una enredadera que se enrosca, en el tronco del árbol, donde sube desde las raíces hasta la fronda más abundante. Sumirse entre sueños en la textura del papel de un buen libro es como haber hecho el amor con el mejor de los amantes. El más complaciente, el que está atento a la respiración de la mujer amada, procurándole el placer más largo y sensual. No recuerdo si eso también lo leí en un libro, creo que sí. *La mano de fuego*, me parece. No importa. Porque anoche me dormí con los murmullos de uno de mis viejos amantes, tal vez el mejor hasta ahora. Me gusta retomarlos y revivir nuestros encuentros amorosos, sobre todo durante las noches más frías de invierno.

Yo sé que estás solo. Que te gusta que te abra y pase mis dedos entre las páginas, porque te da vida. No importa la diferencia de edad entre nosotros. Te conozco desde hace tiempo. Pero hace unos meses te retomé por completo. Te redescubrí. Me sedujiste como la primera vez y dejé que tu experiencia me llevara de la mano. No me opuse. No dejo que eso pase muy seguido, pero contigo, contigo es distinto. Cómo resistirme. Reservo ese privilegio sólo para ti. Para ti mi querido Pedro Páramo.

Mucho tiempo estuve celosa de Susana San Juan. No quería ni leer su nombre. Mucho menos decirlo en voz alta. Cerraba el libro de golpe cuando me topaba con su nombre, Susana San Juan, y lo abandonaba por días, a veces semanas. Ahí lo dejaba, solo, empolvándose, en el mismo sillón donde lo leía con tanto entusiasmo. Me ponía de mal humor tener que ver su nombre. Ella, siempre ella, en su mente. La odiaba. Cómo sacársela de la mente. Lo tenía obsesionado. Embrujado. Toda su vida estuvo diseñada alrededor de ella. Todo lo que hizo y trabajó fue por ella. Cómo quisiera que por lo menos una décima parte de lo que hizo hubiera sido para mí. Pero luego me di cuenta que si lo dejaba hablar de ella se quedaba conmigo más tiempo. Ya no lo cerraba de golpe y lo dejaba sobre el sillón abandonado. No era necesario. Estaba aprendiendo a escucharlo. Me necesitaba.



AQC

DUENDE



Ninguna de sus otras mujeres me hacía sentir celosa. Porque sabía que ninguna le importaba. Todas eran conquistas pasajeras. Sólo Susana San Juan era mi rival. Hacía que me hirviera la sangre oír su nombre. Pero ella ni en cuenta. Ella también estaba sumida en sus propios pensamientos. Susana San Juan, a su vez, se la pasaba suspirando por ese hombre que decía amar, Florencio. *Por lo menos me consolaba que ella no te correspondía mi amado Pedro Páramo.*

A la que entendía perfectamente era a Dolores Preciado. De hecho si hubiera podido le hubiera abierto las puertas de mi casa cuando dejó el rancho La Media Luna. Pobrecita, tuvo que criar sola a Juan. Cómo me hubiera gustado haber sido yo la madre de ese niño. Aunque en realidad lo sentía tan mío como de Dolores. Yo también le daba consejos a Juan cuando regresó a Comala. Lo cuidaba desde lejos. A veces mi voz se confundía con la de Dolores, no me importaba que Juan pensara que sólo Dolores era la que hablaba. Yo no sentía celos de ella, por eso no me molestaba. De hecho, fui yo quien le mandó a Abundio Martínez para que Juan no se perdiera en el camino.

Cuando vi que Juan estaba sin saber qué hacer en Los Encuentros, se me ocurrió decirle a Abundio que lo fuera a alcanzar. Como Abundio siempre necesitaba dinero y Refugio ya andaba enferma aceptó. Iba de mala gana, pero aceptó, qué otra cosa le quedaba por hacer. Al principio no le gustó nada la idea de ir a encontrarse con Juan, porque eran medios hermanos y tenía que fingir que no lo sabía.

Cuando le dije a Abundio que Juan iba a buscar a mi Pedro se molestó todavía más. Pero como Refugio no mejoraba, pronto necesitaría un médico, no le quedó de otra más que aceptar mi propuesta. Eso sí, tuve que ofrecerle una buena suma de dinero. Me dijo claramente que aceptaba porque no quería vender sus burros, como estaba escrito en las últimas páginas del libro. Que quería quedarse con los burros, poder pagarle al doctor la visita y que llegara a tiempo para que su Cuca no se le fuera a morir, como decían que pasaría. Recuerdo clarito que eso fue lo que me dijo y se fue a encontrar a Juan. *Fui yo Juan, hijo mío, o casi mi hijo, quien te mandó a Abundio para que llegaras sin problemas a Comala.* Abundio Martínez no apareció así nada más de la nada, como todos dicen. Fui yo, quien lo mandó a Los Encuentros.

¡Ay Pedro Páramo! Si tan sólo me hubieras amado de verdad. Pero no puedo negar que la pasamos bien. Aprendí a escucharte y tú con esa experiencia de amante insaciable, no me volví a quejar. Yo no sé por qué hoy en día algunas mujeres dicen que eres un hombre abusivo. La verdad es que no te entienden. Otras dicen que eres el típico hombre que le gusta aprovecharse de todas. Que las usa y se va. O peor, hasta se han atrevido a acusarte de violador. O de andar dejando hijos por todos lados y no hacerte